

conciiliar veneracion. El color era, por lo natural, de apacible mixtura de blanco, y encarnado: pero desde que entró en la Religion, le quedó palido al continuado rigor de sus austeridades, y penitencias. Su complexion fué robusta, su lengua expedita, su voz sonora, su coraçon generoso, su ingenio prompto, su discurso fundado, su entendimiento perpicaz, su comprehensión profunda, su juicio maduro, sus resoluciones briofas, su expresiva en voz, y en accion, propiissima, su persuasiva sin resistencia. Por ultimo, el natural, y todo el exterior de Capistrano, era tan noble, que aun en su crecida ancianidad traia delineada en la perspectiva de su cuerpo toda la grandeza del Espiritu.

Las Efigies, y Estatuas del Santo, le representan en la disposicion de vn Anciano igualmente Espirituoso, y Venerable. En la mano derecha descoge tremolada al viento vna Vandera blanca, en cuyo medio campo se dexa ver el Escudo del Dulcissimo Nombre de Jvsus: al modo que entró por las calles de Roma, à defender la publica adoracion de este Santissimo Nombre. Coronan la hasta de la Vandera, en vez de lança, las Armas de la Santa Inquisicion; representando el Oficio de Inquisidor General, que en muchas partes de Europa exerció gloriosamente. Sobre el ombro derecho le pintan vna Cruz roxa, que le explica Comissario General de la Santa Cruzada. En la mano siniestra, vnas vezes tiene el Baston de Capitan General, significando, que fué Promotor, y Comandante de las Armas Catholicas en la Hungria: otras vezes vn devoto Crucifixo, en memoria de aquel con que alentaba à sus Cruzados contra los Turcos. Así adornado, le plantan ayrosamente sobre vn

Trono formado de varios tropheos, vnos horribles, y otros agradables. Estos son las Mitras de los Obispaños, que renunció; y los adornos, è instrumentos de vanidad, que à eficacias de su predicacion servorosa se dieron à las llamas en publicas hogueras. Los horribles son, enfangrentadas cabezas de Hereges, Cismaticos, y Judios de los muchos, que confundió en publicas disputas: Turbantes, y Medias Lunas de Turcos, que derrotó à millares; y los Dragones, Tigres, y Serpientes, en cuyas formas se hizieron visibiles los demonios, obedientes à su imperio, y postrados à sus pies. Debaxo de algunas de estas efigies se hallan escritos los siguientes Distichos, que explican en compendio toda la Pintura.

*Hic, Francisco, tuus miles tua signa  
per Orbem*

*Nominis ingenti cum pietate tu-  
lit.*

*Nunc inter promachos sine telo tela  
represent,*

*Et Cruce percussit signa inimica  
Cruis.*

*Alea damnata est flammis: talusque,  
latroque,*

*Totaque chartarum planstra cre-  
mata fociis.*

*Si purgare iuvat monstis ferilibus  
Orbem,*

*Mitte Capistranos: Cerberus ip-  
se tremis.*



## CAPITULO XXIII.

COMPENDIOSA REFLEXION SOBRE  
el grado Heroico de las Virtudes de San  
Juan de Capistrano.

ES la Virtud Heroica, dixo vn Philosopho Discreto, aquella sublime rectitud del animo racional, que le haze mayor que lo muy grande; mejor que lo muy bueno; y vn Semi Dios entre los hombres. Qué las Virtudes de S. Juan de Capistrano le colocassen en esta esphera, se dexa ver parentemente de todos los sucesos de su vida: mas porque en ella se refieren con mas extension de la que se necessita, para tenerlas à los ojos, como idea de vna heroica santidad; por esto aqui, como en lugar mas oportuno, las resumirè en compendio, reducidas à sus clases; siguièndo en esto el estilo de los mas graves Historiadores.

Entre las Virtudes Theologales, con que el espiritu, sia hazer pie en alguna cosa de la tierra, buela derechamente à Dios; tiene el lugar primero la Fè. De la eminencia, con que resplandeció en San Juan de Capistrano esta Santissima Virtud, son irrefragable argumento los estupendos prodigios, y milagros, que obró el Poder Divino por medio de este su fidelissimo Siervo. Ya dexo dicho en varias partes de esta Historia, que sus milagros fuerón innumerables. Pero Mattheo Rudero, despues de aver escrito en compendio la vida del Santo, hizo vn Catalogo solamente de aquellos, que entrefacó de instrumentos autenticos: y en ellos cuenta hasta quarenta muertos resucitados; ciento y veinte y tres ciegos con vistajreientos y setenta fardos con oido; y novecientos y veinte tullidos con expedito movimiento. Los que sanaron de otros generos de enfermedades, los dexó al silencio; porque no pudo

averiguarles el numero. Sobre esto; reprimi à las nuves el Siervo de Dios; suspendia las lluvias; enfrenaba los vientos; sujetaba las corrientes; mandaba à las aves; amañaba à las fieras; y aun dominaba al Abyssmo, cerrando, ò abriendo con la llave de su imperio, como otro Angel del Apocalypsi, las infernales puertas, para hollar à los demonios. En fin contestan vniformemente los compiladores de los milagros de Capistrano, que ni en la grandeza, ni en el numero, ni en la frecuencia de ellos se halla cosa semejante despues de los Apóstoles. Qual, pues, sería el vigor, y grandeza de la fe del Siervo de Dios para milagros tantos, y tan repetidos!

No se descubren menos eficazmente los quilates de esta Santissima Virtud en aquel lleno que dió al glorioso nombre, y empleo de Inquisidor General contra la Heretica Pravedad en todas las partes del Orbe. Este cargo le traía todo embebido, en discutir, y practicar los medios mas convenientes, para promover, y estender por todo el mundo las glorias de la Santa Fè Catholica. Este impulso le movia à no perdonar fatigas, ni peligros; por conservar indemnes los candores, è inmunidades de la Santa Romana Iglesia. Este espiritu le traxo en perpetuo movimiento; de la oracion, al estudio; del estudio, à la pluma; de la pluma, à la Cathedra; de la Cathedra, al Pulpito; del Pulpito, al Confessionario; del Confessionario, à las Plazas; de las Plazas, à los Tribunales; de los Tribunales, à los Palacios; de los Palacios, à los Consistorios; de los Consistorios, à los Concilios; de los Concilios, à las Dietas; de las Dietas, à varios Reynos, y Provincias; hasta ponerle vltimamente en las Campañas à la frente del Barbaros Exercitos. Derrotó el de quatrocientos mil Turcos en la celebre Batalla de Belgrado;

Disputó, y lidió infatigablemente con varios Monstruos de Hereges, Gímaticos, Idolatras, y Judios. Predicó contra sus Dogmas; escribió contra sus errores; convirtió de vnos, y otros innumerables millares; castigó á muchos relapsos, y rebeldes; lloró con irremediable llanto la perdición de los obstinados; y de todos estos efectos tan prodigiosos era el movíl la firmeza de su Fè.

La Esperança, aliento, y alimento de los Justos en sus tribulaciones, y vn como Divino esfuerzo para vencer impossibles: campeó tambien admirablemente en las glorias, y arduas empresas de nuestro Santo. A no ser tan heroica la firmeza, y valentia de su esperança; como fuera posible aver entrado en repetidas, y publicas Palestras de hombres Sapientísimos, para mantener las glorias del Dulcísimo Nombre de JESVS, los candores de su Maestro San Bernardino, y las purezas de su nueva Familia de la Obervancia? Como huviera levantado á fundamentis diez y ocho Conventos de Religiosos en la Austria, Polonia, y Bohemia? Como, en la Italia veinte y dos de Religiosos, y Religiosas? Como, en Aquila, y en Verona sumptuosísimos Hospitales, con grueltas, y pingues rentas? Como huviera vencido las insuperables montañas, que estorbaban la vnion, y concordia de los Principes Christianos; primero en favor de Eugenio Quarto, contra los Basileenses, y despues en favor de Nicolao Quinto, y Calixto Tercero, contra los Turcos? Como huviera tentado todos los medios de derribar las dos monstruosas Cabezas de los Hereges Bohemos, Roquesana, y Podiebraco? Como, al ver que saltaban los Principes á sus promessas, rompiendo la liga, y bolviendo las espaldas al riesgo; se huviera empeñado en juntar Exercito,

para hazer frente á Mahomet, y no dexar sin abrigo á la Christianidad? Como huviera pisado, y despreciado en cada passo vn peligro, hasta conseguir con la entera Rota de los Barbaros la Victoria de los Catholicos? Todo esto, claro está, que no pudiera, no digo llevarlo á la execucion, pero ni admitirlo en el pensamiento, á no competir con la valentia de su Fè, la firmeza de su Esperança.

Reforçabase en vna, y otra el incendio de su Caridad; virtud toda llamas, en que, y de que, como nueva, y mas verdadera salamandra, vivia, y se sustentaba el coraçon enamorado de este Serafico Espiritu. Los efectos, que en èl causaba el Amor Divino, eran tan vehementes, que no se permitian al disimulo; porque, ò se vertian por los ojos en lagrimas; ò respiraban por los labios en suspiros; ò se asomaban al rostro en sensibiles, y admirables incendios. Apreciaba á su Dios, con afecto, y efecto sobre todas las cosas del Cielo, y de la tierra; en cuyo punto crítico, consiste toda la verdad del amor mas puro; y á trueco de calificar de verdaderas sus finezas, anheló continuamente à sacrificar en obsequio de su Dueño el cuerpo à la penitencia; la honra à los desprecios; el juycio, y la voluntad à la abnegacion; y la sangre de sus venas al cuchillo de los Tyranos. Estas ansias le hizieron acometer intrepidamente quantos lazos de muerte armaron à su vida las astucias de los Hereges. Dos vezes intentaron quitarlela, dandole veneno: innumerables, le observaron los passos, para matarle alevosamente; y en todas estas ocasiones saltaron tyranos à sus deseos. Los evidentes riesgos, de que se vió cercado en el progreso de la Campaña entre las Armas de los enemigos; antes que fuesse, eran lisonja à su impavido coraçon; porque el amor de Christo, que le impelia

al

al martyrio, le pintaba hermosa, y apetecible la muerte. Dando el Santo en vna ocasion toda la rienda à la vehemencia de estos anhelos, le reveló el Señor, que solo su amor avia de ser el dulce tyrano, que le quitasse la vida. Juzgó de sí, que por indigno de tan alta merced, se le negaba el martyrio de sangre; y multiplicando peticiones, suplicaba de este Decreto en los Estrados de la Misericordia, para que desatendidas sus culpas tuviesse sus ansias cumplimiento. Viendolas, en fin, frustradas, lloró hasta la muerte por vno de sus mayores pecados, el aver desmerecido, que le consagrasse el Amor víctima de la Caridad en las aras del martyrio.

Estendianse en impetuosas llamas los incendios de esta Caridad à los proximos; con zelo inextinguible de su salvacion eterna; y era tan hydroptica la sed de ganar Almas para Dios, que jamás se halló saciada; ni con las conversiones, que hizo sin número. Quando tal vez la obstinacion de los pecadores era tanta, que como peñascos rebeldes frustraban todos los conatos de su zelo, quedando duros, frios, y pirotervos en sus culpas; convertia todo el fuego de su coraçon en raudales de llanto, en cuyas avenidas se anegaba su espíritu, sin admitir consuelo. Por esta causa la obstinada pertinacia del impio Roquesana, y otros Hereges de Bohemia, fue en mi corto juycio, el martyrio mas cruel; y la piedra toque mas eficaz, que descubrió las finezas, y quilates de la Caridad de Capistrano. No diga, que sabe de penas, quien no ha probado este sagrado infierno del Amor Divino en la perdicion de las Almas redimidas con la Sangre de vn Dios Humanado; ni que tiene Caridad paciente, y sufrida quien no trae siempre clavado en el coraçon el penetrante estímulo de esta vivif-

Parte V.

suma muerte. Como el dolor de este Amor era en el enamorado Siervo de Dios tan vehemente, y tan continuo, no le permitia el menor descanso, ni le dexaba estar ocioso vn punto, para sollicitar, por quantos medios le fueron posibles, la salvacion de las Almas, à las quales amaba mas que à su propia vida. Esta fineza de su Apóstolico zelo, le hizo ajobar con las prolongadas tareas de quarenta años continuos de predicacion, derramando por todas las partes de Europa las corrientes del Santo Evangelio. Era, en fin, su Caridad (como de la de su Maestro San Bernardino, dize nuestro Illustrísimo Cornejo) *vn bellissimo diamante, labrado à todas hazes, que comunicaba liberal sus resplandores: à los malos, para hazerlos buenos; y à los buenos, para hazerlos mejores: à los Amigos, para recompensar su benevolencia; à los Enemigos para desarmar su odio, convirtiéndolo con beneficios sus agravios.*

La Misericordia, en cuya hermosa phisonomia se ve copiado muy al vivo el semblante de la Caridad, y à quien siempre sigue, ò por semejante, ò por compañera, se comunicó, y creció tan altamente en el Siervo de Dios, que no era su coraçon, sino vn perenne manantial de remedios, y beneficios en favor de las agenas miserias. Parece, que para este fin avia ganado en la Omnipotencia letra abierta su compasion. Qué hizo todo el tiempo que vivió en la Religion, sino dar recetas de salud à todo genero de enfermos; y necesitados. En su Misericordia los ciegos hallaron vista; los mudos, habla; los sordos, oido; los mancos, manos; los tullidos, pies; los defahuciados, salud; los muertos, vida; y los enervados, libertad. En el estado de Juez Secular, fue perpetuo Abogado, y Patrono de Pupilos; y viudas poniendo à favor de la justicia

R 3

de

de estos, todos los esfuerzos de su erudicion. En la Religion hizo siempre de su pitança plato à los mendigos con licencia, que à este fin obtuvo de sus Prelados. Para los pobres enfermos fundò à expensas de las limosnas, que solicitaba, los dos sumptuosos, y opulentos Hospitales de Aquila, y de Verona. Su Misericordia le impeliò poderosamente al estudio, y piadoso arroyo de abrazarse con el corrompido cadaver de vn reo miserable, puesto, y desamparado en la horca; y solicitar decente sepultura, así à este, como à todos los delinquentes, que morian en el suplicio. Con el mismo impulso de Misericordia atropellò millares de estorbos para la fundacion de Monasterios, en que recogia Doncellas pobres, y honradas; cuya dotacion solicitaba con sus Bienhechores; y de cuyas virtudes, y perfeccion cuidaba, fomentandola con sus santos consejos. En fin, siendo la mayor miseria la de la culpa, por ser herida del Alma; no es facil medir, hasta donde se exployò el corriente de la Misericordia de Capistrano: por ser imposible numerar las Almas de pecadores, Hereges, Judios, Idolatras, y Cismaticos, que en la doctrina del Siervo de Dios, como en fuente de vida, hallaron perfecta salud.

La Religion, virtud obsequiosa, que por el Culto, à que mira, de la Magestad Suprema, y de todo aquello, que la representa, tiene especial parentesco con las Virtudes Theologales: brillò en el coraçon de Capistrano, como en propio Cielo, y con especial predominio. La devocion, y reverencia, con que pagaba todos los dias el sagrado tributo del Oficio Divino, consta del caso, que dexo referido en su vltima enfermedad, quando no quiso admitir la visita del Conde de Vilach, hasta acabar el rezo de

las Horas Canonicas con su Compañero. Levantòse continuamente à la noche, para confesar à Dios, como el Profeta, en las alabanzas de los Maytines: los quales rezaba con tanta pausa, y espiritu, que duraba en ellos dos horas. De los Ritos de la Iglesia, y ceremonias devotas de la Orden, fuè observantissimo; como el que sabia, ser el poco aprecio de estas cosas, las mas vezes indicio de espiritu relajado, ò, à lo menos, de afecto poco piadoso; y que el que se desavia del camino de la piedad, facilmente se precipita en el derrumbadero de la perdicion. El debido culto del tremendo Sacramento del Altar en Bohemia, y en Moravia, le tuvo de costa muchas disputas, muchos Sermones, muchos escritos, muchos afanes, y muchos peligros de muerte; por cuyos medios impidiò en gran parte à los Legos la Comunión del Caliz. De su devocion al Santissimo Nombre de Jesus seràn testimonio perpetuo, y sello de oro indeleble quantos Escudos, y Targetas exponen à la publica adoracion este Dulcissimo Nombre, con los hermosos caractères, que le significan; aviendo defendido, y sacado victoriosas sus veneraciones en publica disputa. No menos seràn monumentos de esta misma devocion todos los Conventos (que fueron muchos) fundados por el Santo con la advocacion, y titulo de Jesus; para que aun las piedras insensibles voceassen sus cultos, y venerable memoria. En fin, los mismos demonios seràn testigos de esta heroica piedad de Capistrano; pues à su imperio, y à vista de todo el mundo doblaron en veneracion de tan Santo, y terrible Nòbre la cerbiz, y la rodilla.

Aviendo sido Capistrano tan devoto, y tan zeloso de las glorias de Jesus; claro està, que lo avia de ser tambien de las de su Madre Purissima; puesto que

## CAPITULO XXIV.

DE OTRAS VIRTUDES HEROICAS  
de San Juan de Capistrano.

que en sentir del Padre S. Bernardo, es de vnas à otras inevitable, y reciproca la consecuencia. En proreita de esta verdad, no quiso dexar de consagrar su pluma à la defensa de la Original Pureza de MARIA Santissima; siendo vno de los Fuertes, y Doctissimos de la Milicia Serafica, que escribieron de *Conceptione B. Mariæ*. Fuè en el Santo obligacion este obsequio; aviendole dado à benebesta Señora en vn vaso de candido nectâr el Dòn de la Ciencia infusa. Fuera de esto, y de otras oraciones piadosas, con que imploraba el auxilio de la Madre de las Misericordias en todas sus necesidades: la rezaba todos los dias su Oficio menor, aun desde el estado secular; por cuyo medio logró su mayor fortuna en la vocacion al estado Religioso.

De la veneracion de Capistrano à otros Santos, no quiero producir mas testimonio, que los muchos honores que solicitò à su Santo Maestro, y Padre San Bernardino de Sena. Defendiòle en Roima con intrepida animosidad de las graves calumnias de sus Emulos: solicitò, y consiguió del Papa, que le hiziesse primer Vicario General de los Observantes: empeñòse en ponerle en el Catalogo de los Santos, y lo vino à conseguir seis años despues de su muerte: erigió Templos, y Altares à su Culto: predicaba frecuentemente sus glorias; traxo siempre consigo sus Reliquias; y echò el resto su devocion, atribuyendo todos sus propios milagros à la virtud, y increcimientos de su

Santo Maestro Bernar-

dino.



EN el Coro hermoso de las Virtudes, donde todo lo que se oye, es harmonia, y todo lo que se atiende, orden; despues de las Theologales, y Divinas, tienen su debido asiento, y lugar las Virtudes Morales. Todo el agregado de estas compone vn bellissimo cuerpo en el animo racional, cuya cabeza es la Prudencia; por influir sus virales espíritus en todas las otras virtudes, como en miembros, que de ella dependen. Si la Justicia, si la Fortaleza, si la Templança obran bien; hazenlo así; en quanto figuen la guia, y comunican el influxo de la Prudencia; como los ramos de vn arbol; que no pueden tener verdor, sino le participan de la raíz. De aqui nació, que Platon con idea; poco menos que Divina, reduxo todas las otras Virtudes à la Prudencia sola; porque al modo que las Estatuas de Dedalo, fino las ataban, hulan: así (dize el) desapareçeràn las demàs Virtudes; fino las atase la Prudencia. Esto, que respecto de qualquiera virtud moral, es muy cierto, respecto del zelo Santo, es certissimo; porque sin la rienda de la Prudencia corre precipitado, siguiendolo, sin cautelar peligros; el impulso que le mueve: con que viene à dar no pocas vezes en bien sensibles precipicios. Por esta razon en S. Juan de Capistrano fue la virtud de la prudencia; tan necessaria, como sublime; pues aviendo sido tan activos, y briosos los impulsos de su zelo; no se huvieran visto tan bien logrados, à no ser su entendimiento en grado heroico prudente. Los empeños arduos, los negociados graves, los cargos superiores,

en que se hallò continuamente: dieron estendido campo à su prudencia, para descubrir su numen todo admirable. En las maximas de Estado entrè los Principes; què Politico! En los Consejos de Guerra entre los Capitanes; què Militar! En las Juntas, y Conferencias del Claustro; què Religioso! En afoxar el rigor de la Ley, quando lo pedía la necesidad, ò lo dictaba la razon; què Discreto! En prevenir los peligros, y consecuencias de sus resoluciones; què Cautol. En dar à todas sus opeçiones las debidas circunstancias; què Circunspècto! Tuvo, en fin, su prudencia las muchas partes, y primores que necesitaba, para dexarle vèr à todas luzes perfecta.

Por el camino de la Prudencia dirigió siempre sus passos delante de Dios la justicia de Capistrano: y por esso logró con igual acierto en la vna mano, el peso de la equidad; y en la otra, la espada del rigor. Fuè Prelado en el Claustro, y Juez en el Tribunal: distribuyó premios, y executò castigos; y todo tan al peso, y medida de la justicia, que ni el premio dexò de igualar al merito, ni el castigo excedió al delito: para este tuvo la Vindicativa la espada derecha; para aquel no permitió la Distributiva, que saliese de su fiel el peso.

La Fortaleza, virtud robusta, y audaz, que despreciando peligros, y cargada de infortunios emprehende, y executa, quanto la prudencia, y la justicia la mandan: compitò en San Juan de Capistrano con las valentias de su zelo heroyco. Aun en el siglo mantuvo con tan invicta fortaleza sus resoluciones Christianas, que ni las baterias del oro, ni los halagos de la conveniencia propia, ni las amenazas de la muerte, ni los ceños de su Soberano, fueron bastantes, à hazerle mudar de sentença. Predicò perpe-

tuamente la verdad con tanta libertad de espíritu, como serenidad de animo à todo genero de personas. Dió con las luzes del defengado en los ojos à los Principes, à los Reyes, à los Emperadores, à los Pontifices; sin ofender el respeto con la demasñada audacia, ni trabarfele la lengua con medrosa cobardía. Millares de vezes expuso la vida por la salud de la Patria, y de la Religión, tocando en este punto tan heroycamente lo maximo de la Fortaleza; que no solo à los emulos, sino aun a los Prudentes, y bien intencionados parecieron sus resoluciones arrojos de la temeridad.

Mas así como emprendia, y executaba lo mas difícil de la virtud con lo intrepido de su audacia santa: así sufría lo mas adverso con lo incontraftable de su paciencia. Ni la hambre, ni la sed, ni la penuria, ni el cansancio, ni el dolor, ni la enfermedad, ni el cuchillo, ni las cadenas, ni la muerte, ni la tribulacion, ni las angustias, ni los dicterios, ni los oprobrios, ni los ultrages; y (lo que es mas) ni los retiros, y desamparos de Dios, pudieron sacar vna quexa à la paciencia de Capistrano, ni hazer blandear en respiraciones el robusto, y casi obstinado sufrimiento, con què padecía.

La Obediencia, Pobreça, y Castidad, que como tres gracias del Cielo hazen sumamente amiable à los ojos de Dios, y de los hombres la belleza del estado Religioso: adornaron à San Juan de Capistrano, no menos heroycamente, que las demás Virtudes. Su Obediencia tuvo la discretísima indiferencia, que pedía San Bernardo en el perfecto obediente. Jamàs se detuvo à escudriñar el precepto: y por esto por mas dificultoso que fuesse, no solo no fingia, pero ni hallaba trabajo en su puntual

*Posse obediencia est, maxime in incipient, in discreta, hoc est, non discerneret quid vel quare precipiatur, sed ad hoc tantum nititur fideliter, et humiliter fiat, quod à maiore preceptum. Sicut in vita solitariad fratres de Monte-Del.*

exc.

execucion. Mandòle su Maestro, quando Novicio, que entrasse el brazo desnudo en vna caldera de agua hirviendo. Obedeciò intrepido con arrojo tan santo, que el agua, y el fuego defarmaron su actividad; y quedandose igualmente suspensos en vna deman de insensible pasmo, parece que, ò reverenciaron su virtud, ò temieron su resolucion para no ofenderle. Esta perfeccion de Obediencia continuò por toda su vida; de que son adecuada prueba las palabras, que escribió à Calixto III. y yo dexo traducidas en el Lib. 1. Capitulo 49. En ellas delineò la imagen perfectísima del Religioso obediente; aviendose ajustado tan puntual à su guarda, que no tuvo movimiento sin regirse de dictamen Superior. Si estudiò, si predicò, si se ordenò Sacerdote, si practicò el Confesionario; si allegiò su cuerpo con austeridades, si tal vez templò sus rigores; si se fatigò por los caminos; si admitió los cargos de la Religión; si diò expediente à sus legacias; si socorrió à los pobres; si amparò las huerfanas; si confederò los Principes; si arreglò Soldados; si castigò Hereses; si fundò Conventos; y Hospitales: todo lo governò en el con. absolutísimo dominio la Santa Obediencia.

La Pobreça Evangelica, que desahogando al coraçon de cuydados, y deseos terrenos, le aligera soberanamente, para bolar sin embarazo à la union, y possession del vnico, y fumo Bien: llegò à hazer en San Juan de Capistrano vna viva copia del Patriarcha de los pobres N. P. S. Francisco. Empeñose con fidelidad de hijo, en seguir en esta virtud especialmente las huellas de su Santo Padre; y configió su empeño tan à satisfacion del Serafico Patriarcha, que pudo ser gloriosa emulacion de su espíritu. Por mantener siempre intactos

los fueros de esta santísima virtud; y que no borrasse la relaxacion este bellísimo carácter de nuestra Serafica Religión, hizo perpetua frente à los emulos, que con Glosas estudiadas en la escuela de la propia conveniencia, torcian la restitud de nuestra Regla, para evadir la penuria, que nos prescribe. En la desnudez de sus habitos pobres, y remendados, profesaba la de su coraçon, que hasta de deseos estaba desnudo. Todas sus alhajas se reducian à los preciosos libros de su estudio; à las Reliquias de su Maestro San Bernardino; y al devoto Crucifixo, de que vsaba en sus Sermones. Mas, aun para el vso simple de estas cosas, quiso vivir tan sin el mas leve indicio de propiedad, que sobre la licencia de los Prelados, obtuvo otra expresa, y particular de la Silla Apostolica. En fin, no hubo primor de pobreza, que no practicasse Capistrano, hasta hallarse en las manos con la possession del Reyno de los Cielos, por el vacio, que dexò en su coraçon la desnudez de todas las cosas del mundo.

La Castidad (cristal en todo; en la belleza, con que enamora; en la facilidad, con que se quiebra; y en la dificultad, con que se repara) tuvo en nuestro Santo tantas Victorias, como Batallas; y tantos Laureles, como Victorias. Para consagrarse en las Aras de esta virtud Angelica, dexò intacta à su Esposa en la casa de su Padre; violentando, y degollando en este heroyco Sacrificio todas las brutalidades del apetito, y todos los fueros de la naturaleza. En la guarda de los sentidos fue severísimo; sin dispensar en su rigor con pretexto alguno: como quien sabía, que para la muerte, y el robo de la pureza, solo podian hallar entrada por estas ventanas de los sentidos, los Enemigos del Alma. No mirò jamàs con

atcn

atención al rostro de muger; y vnicamente para huir su familiaridad, y trato, conoció su coraçon al miedo. Para assegurarle mas en la guarda de su tesoro, traxo siempre rendido su cuerpo, tratandole como à esclavo vil, y escarmentando sus insolencias al repetido golpe, y quebranto de disciplinas, cilicios, viglias, y ayunos. Quando aun todas estas diligencias no bastaban à domar su brutalidad, añadia otras tan formidables, que solo imaginadas estremecen à la naturaleza. Arrojàse desnudo tal vez à los alicos de la inmundicia, para que cebados en su cuerpo enxambres de tabanos, y otras bestezuelas de esta especie, sacasen con sus agujones los estímulos de la lascivía. En otra ocasion apagando repetidamente en sus carnes vivas vna hacha de zera encendida; arrancò de sí, y se llevó rebuelta, y pegada en la cera, y en el fuego la piel, y la tentacion.

La Humildad, hermana de la Po-breza, hija de la Mansedumbre, madre de la Paciencia, y guarda fidelísima de las Virtudes todas: se apoderò tan absolutamente del espíritu de Capistrano, que sola ella parecía la alma de sus operaciones. Desde que se entendiò llamado de Dios para la Religion, no fue toda su vida sino vn continuado exercicio de humildad heroyca. Acabada de descargarse de los honores del Reyno de Napoles; y para prueba de su vocacion à nuestra à Orden, se sujerò à passar las calles de la Corte sobre vn despreciable jumento, hecho ludibrio de los muchachos como infame, y ridiculo delinquente. En el Noviciado ningun otro fue probado con desprecios mas sensibles. Era doctísimo, y se rindiò con humildísimá docilidad à los severos dictámenes de vn Maestro Lego, y Idiota. Reprehendiale este agriamente sin

motivo; azotabale sin culpa; afrentabale publicamente sin causa: simulò por dos vezes quererle quitar el Abito, y expelerle ignominiosamente de la Religion: y en todas estas ocasiones, no tuvo la humildad del Santo, aun leves respiraciones para la queixa. Conspiraban todas sus prendas, y virtudes, en ponerle en el grado del Sacerdocio, y en el Candelero de la Predicacion, para luz comun de los Pueblos; y sola la humildad le tenia tan profundamente aterrado, que huvieron de hazer el vltimo esfuerzo la Obediencia, y la Caridad, para sacarle del abatimiento à vno, y otro empleo de Altar, y Pulpito. Luego que començò à alumbra al mundo con las luzes de su virtud, y doctrina, se llevó con dulce violencia las estimaciones de los Principes, y los aplausos de Reynos enteros. Quatro Pontífices apreciaron su trato, y fiaron en mucha parte à su industria, y oraciones el peso de sus cuydados. Tres Reyes, y vn Emperador le solicitaron por Amigo, porque le veneraban como à Varon de Dios. Los Cardenales, los Obispos, y otros innumerables Potentados de la Europa se tenían por felizes, si gozaban de su presencia. Los Pueblos en concursos innumerables, le seguian de vnos lugares à otros por espacio de muchas millas, con excessivas demonstraciones de veneracion, publicando à gritos sus alabanzas. Las Ciudades salian à recibirle con solemnes procesiones, en que hasta las campanas se hazian lenguas de su virtud con festivos repiques. Pero ni tanto estrepito de aplausos pudo turbar la quietud tranquila, con que descansaba su coraçon en el centro de su nada. Buscaronle con empeño los Obispados de Aquila, y de Theati; y escondido siempre en su conocimiento propio, burlò sus diligentes

gencias, y sus honores. Solo se descubria, y salia al encuentro, quando las injurias, y oprobrios le bulcaban. Infamabanle los Hereges con indignísimas calumnias; escarnecianle sus Emulos con dicterios bien sensibles; y estas eran las ocasiones de su mayor gozo, juzgandò, que solo en ellas estaba bien conocido. En fin, aviendo trabajado por la gloria de Dios, vtilidad de la Iglesia, esplendor de nuestra Orden, y beneficio de las Almas con infatigable zelo mas de quarenta años, con los maravillosos frutos, que dexò referidos en varias partes de esta Historia; lloraba amargamente en el fin de su vida, reputandose Siervo inútil, que en la Casa de su Señor avia comido el pan de valde. Así lo confessaba, y así lo sentia de coraçon; porque ródos los ojos, que le daba la humildad para el conocimiento de sus miserias, se los quitaba, para que no viesse sus propios merecimientos.

Todas las referidas Virtudes; flores las mas hermosas del jardin de la perfeccion Christiana, conservaban siempre fresca su belleza con el continuo riego de los Soberanos influxos, que como de vna fuente Celestial descendian de la Oracion altísima del Siervo de Dios. Traia esta su origen, ò del abysmo insondable de la Bondad, y perfecciones Divinas, ò de los cinco raudales de sangre de las fuentes del Salvador. Aquí se anegaba su alma con la profunda consideracion de las finezas de vn Dios humanado, y murió por el hombre en las ignominias de la Cruz. De este claro, y continuo conocimiento, resultaban varios, y maravillosos efectos en su espíritu. Quedaba tan estrechamente vnido con el fumo Bien, que ni toda la fuerza de sus gravísimas, y publicas ocupaciones, bastaban à romper el vinculo, con que el amor

atàba à su Amado todas las potencias, y facultades del Alma. Aquí experimentaba inefables ilapsos, y gozaba en Divinas transformaciones el osculo de los labios del Señor; à que anhelaba con repetidos buelos de su coraçon enamorado. Aquí, como à verdadero humilde le frangió el Señor los secretos de su Sabiduria, y la llave del tesoro de su pecho. Aquí le enriqueció con los dones, y gracias gratis dadas de su Santísimo espíritu. Aquí le comunicò aquella singular virtud, que salia de él perenemente; para sanar à todos con la gracia de curaciones. Aquí la luz Profética; con que predixò innumerables sucesos, y penetrò el insondable abysmo de los secretos del coraçon humano. Aquí la interperacion de las Santas Escrituras; aviendo bebido la Divina Sabiduria en copa de plata, de mano de Maria Santísima. Pero referir en particular así los efectos prodigiosos de la oracion de Capistrano; como los actos heroycos de todas sus virtudes; seria intentar reducir à número las Estrellas, y empeñarse en dibujar vivamente la luz de su belleza con los borrones de mi pluma. Por esta razon concluiré, diciendo: Que siendo tanto, y tan necesario el enlaze que deben tener vnas virtudes con otras, para colocarse qualquiera de ellas en la esfera de lo heroyco;

no pudieron todas sin disputa colocarse en esta esfera. 

## CAPITULO XXV.

DE LOS MILAGROS, QUE OBRO  
el Señor por los merecimientos de San  
Juan de Capistrano despues de su  
dicha muerte.

Aunque el argumento mas irrefragable de la Santidad de los Justos, es la practica de sus heroicas Virtudes; todavia los milagros, que hazen despues de su muerte, es vno de aquellos firmes, y solidos apoyos, en que se funda la piedad, y devocion de los Fieles, para venerarlos como à Santos, y recurrir al aylo de su intercesion en todas sus necesidades. Por esta razon, aunque en la serie de la vida de San Juan de Capistrano dexo escritos muchos de sus grandes portentos, no escusaré el referir aora algunos de los casi innumerables, que obró despues de su muerte, y se autentificaron en toda forma para la causa de la Canonizacion.

En los confines de la Hungria padecia vn Clerigo agudos, y mortales dolores, causados de vna herida de saeta, que recibió en Belgrado, estando de Guarnicion. Quedóse clavada la lengua en lo interior de la herida tan escondidamente, que no fueron poderosas à sacarla todas las diligencias de la Cirugia. El vltimo recurso era rasgarle à filo de navaja toda la carne sobrepuesta; remedio, en que pudiera introducirse la muerte, antes que salir el hierro. De esta manera estuvo padeciendo el triste hombre por el espacio de quatro meses los dolores, que se dexan discurrir, sin esperanças de alivio, ni de vida. En este conficto recurrió al Siervo de Dios, haziendo voto de visitar su sepulchro, si se compadecia de su necesidad. No bien avia expresado su voto, quando cesaron de repente los dolores;

se cerró la herida, y halló puesto sobre la falda su diligencia; porque lo mismo fué invocar el nombre de su Valedor, que cesar el incendio, y salir sin lesion alguna.

Vn reo miserable padecia rigurosas prisiones por atrozes delitos, de los quales estaba convicto, y confesso. Avia se ya intimado la capital, y terrible sentençia de ser arrojado vivo en el Danuvio con vna pesada piedra al cuello, y atado de pies, y manos, para que muriese sufocado en la profundidad, y sirviese su cuerpo al pasto de los pezes. Encomendóse muy de coraçion el triste hombre al Siervo de Dios; y la noche antes que se executasse la sentençia, se halló de repente libre de las prisiones, y con las puertas del calabozo francamente abiertas para la fuga. Executólo, valiendose de la ocasion: con que libertó la vida, para emplearla en exercicios de penitencia.

Monseñor Prospero, Arçobispo de Mira, y Promotor de la Fè, caminaba à Luca con toda su familia, y retamara, en el mes de Septiembre del año de mil seiscientos y ochenta y vno. Hazia su viage de noche, por sentirse todavia muy ardiente en aquel País la estacion del temporal. En vna de estas noches se cerró de repente el Cielo con vna formidable tempestad de truenos, relampagos, y torbellinos. Hallábanse los caminantes en parage montuoso, y tan lleno de quebradas, que temian por instantes dar en algun derrumbadero; porque la violencia del viento, à que no podian resistir, les defaviaba de la senda, que seguian. En tan evidente riesgo invocó el Arçobispo el auxilio de Capistrano, de cuya Canonizacion avia sido Agente. El Santo agraddido à la piadosa fè, y fineza de su devoto, le puso en el pensamiento, mandar encender vnos blandones;

Otro Sacerdote se halló cercado de repente de vn incendio casual, que en breve espacio de tiempo reduxo à cenizas casi toda la casa de su habitacion. No bastaron humanas diligencias à apagar las llamas, ni à librar de su voracidad al paciente. En esta tribulacion invocó el nombre de Capistrano con vivissima fè, de que por sus merecimientos se avia de li-

brar

brat de tan manifesto peligro. No le salió falda su diligencia; porque lo mismo fué invocar el nombre de su Valedor, que cesar el incendio, y salir sin lesion alguna.

Vn reo miserable padecia rigurosas prisiones por atrozes delitos, de los quales estaba convicto, y confesso. Avia se ya intimado la capital, y terrible sentençia de ser arrojado vivo en el Danuvio con vna pesada piedra al cuello, y atado de pies, y manos, para que muriese sufocado en la profundidad, y sirviese su cuerpo al pasto de los pezes. Encomendóse muy de coraçion el triste hombre al Siervo de Dios; y la noche antes que se executasse la sentençia, se halló de repente libre de las prisiones, y con las puertas del calabozo francamente abiertas para la fuga. Executólo, valiendose de la ocasion: con que libertó la vida, para emplearla en exercicios de penitencia.

Monseñor Prospero, Arçobispo de Mira, y Promotor de la Fè, caminaba à Luca con toda su familia, y retamara, en el mes de Septiembre del año de mil seiscientos y ochenta y vno. Hazia su viage de noche, por sentirse todavia muy ardiente en aquel País la estacion del temporal. En vna de estas noches se cerró de repente el Cielo con vna formidable tempestad de truenos, relampagos, y torbellinos. Hallábanse los caminantes en parage montuoso, y tan lleno de quebradas, que temian por instantes dar en algun derrumbadero; porque la violencia del viento, à que no podian resistir, les defaviaba de la senda, que seguian. En tan evidente riesgo invocó el Arçobispo el auxilio de Capistrano, de cuya Canonizacion avia sido Agente. El Santo agraddido à la piadosa fè, y fineza de su devoto, le puso en el pensamiento, mandar encender vnos blandones;

Parte V.

que llevaba prevenidos en su equipage. Obedecieron los criados muy desconfiados del fruto de esta diligencia, por continuarse sin intermision el viento, y el aguacero de las nuves. La experiencia, empero, les hizo bien entender, que todas las cosas son posibles al creyente; porque los blandones à pesar del viento, y del agua se mantenian encendidos. Con ellos descubrieron bastantemente la tierra: y dando gracias à su Bendito Protector, fueron siguiendo el camino por medio de la tempestad, con la misma seguridad, que pudieran en lo mas descubierta del día.

Bernardino de Miguel, vezino de vna Poblacion, no distante mucho de la Villa de Capistrano, estuvo padeciendo en la cama por espacio de vn año tan raros, y mortales accidentes, que igualmente defatinaba, y desesperaba en ellos la medicina. Viendose el hombre en estado tan miserable, avivó la fè en su Santo Payfano; y creyendo firmemente estar à su intercesion vinculado el remedio de sus males, hizo que le llevasen al Convento de la referida Villa, para visitar su Iglesia. Executóse, como lo pidió; y al llegar à la puerta del Templo, huvieron bien menester todas sus fuerzas, e industria los que le conducian, para q el paciente no le les escapasse; porque en espantosos extremos, y braburas se descubrió el demonio, que ocultamente le avia estado poseyendo. Entró, en fin en la Iglesia, aunque à costa de mucho trabajo; y puesto junto al Altar del Santo, le aplicaron vna Reliquia suya, que se guardaba en el Sagrario de aquel Convento. En el mismo punto del contacto, cayó en tierra como muerto, donde se quedó sin movimiento, ni respiracion por espacio de dos horas con mucho sudor, y confusion de los circunstantes. Al fin de las dos horas prorrumpió

S

re,

repentinamente, lleno de gozo, y alegría, en estas palabras: *Gracias à ti, Santo mio! seas por siempre bendito, que así me has libertado de tan tyrano poseedor, y sanado de todos mis males.* El tiempo calificó esta verdad; porque desde aquel punto, ni le molestó el demonio, ni le repitieron los accidentes.

Maria Angelica de la Rosa, muger de Francisco Provençiano, del Obispado de Marfi en el Abruzzo, estuvo poseída por algunos años de vn demonio tan cruel, que ni de dia, ni de noche dexaba de infligirla, para que con rabioso corage se desgarrasse los vestidos, metasse los cabellos, mordiesse las manos, y hiziesse otras mil braburas. Sobre esto la affigia en la imaginación con funestísimas representaciones; siendo entre ellas muy frequente la de varios monstruos infernales, que la rodeaban; y despidiendo llamas por ojos, narizes, y boca, amenazaban tragarla viva. Después de repetidos, sin efecto à vn quarto, muchos conjuros; determinó su marido conducirla à Roma. Aquí la hizieron nuevamente los exorcismos, continuandolos muchos dias en los Templos, y Santuarios mas devotos; pero siempre obstinado el demonio, no acababa de darse por vencido. Por vltimo aylo se acogieron à la intercessión del Bendito Capistrano; y apenas la muger se arrodilló delante de su Imagen, quando el demonio, haziendo extremos formidables, exclamó diziendo: *Partido, partido, Juan, no quieras atormentarme mas; y entre estas voces, y gritos dexò libre à la paciente, con admiración, y jubilo de los circunstantes.*

Aun es mas admirable el caso, que se sigue. Vn hombre natural de la Villa de Capistrano, à quien el predominio de la melancolia, mancomunado con sugestiones continuas

del demonio, le tenia reducido à vn desesperado, y habitual aborrecimiento de su propia vida: determinò quitarsela vna noche. Salíóse de casa, para executar su pensamiento, y vino à parar à las margenes de vn cercano Rio. A fin de asegurar mas bien su loco intento, se aró vna pesada piedra al cuello; y quando ya con ella iba à arrojarle à las aguas, le detuvieron dos Compatriotas suyos, que desaviados del camino, sin entenderlo, avian dado en aquel parage. Reprehendieron el formidable desvario del hombre, y el miserable sencillamente les confesó aver obrado por sugestión del demonio: pero que en el mismo instante de lançarse en el Rio, llamó de coraçon à su Santo Capistrano, à cuya intercessión reconocia su libertad. No desistió el demonio de acometerle con mas fuertes, y continuas sugestiones de desesperación: y poco después del caso referido le convenció, à que colgado de vn lazo, se diese la muerte. Retiróse para este efecto à vn quarto, apartado del comercio de la casa; y quando ya pendia del lazo, comenzó à llamar con el coraçon en su socorro al Siervo de Dios. Al punto vn Sacerdote, hermano del paciente, se sintió fuertemente movido de interior impulso, para ir al quarto donde su hermano peligraba. Entrò, y quedó pasmado à vista de tan funesto espectáculo: pero recobrandose con el esfuerzo, que le dió la piedad, ocurrió al remedio, con la promptitud que el caso pedia. Es inflexible el demonio en el odio que tiene contra el hombre por imagen de su Criador: y quando de los propios quebrantos avia de sacar su confusion, y retiro, saca como refinadísimo sobervio mas protervos, y obstinados los conatos de vengarse. Tercera vez bolvió à persuadir al hombre la des-

desesperación; y el desdichado, que con la fuerza de la manía melancolica estaba siempre dispuesto, para admitir sin horror estas diabólicas sugestiones, se escapò de las manos de su gente con la mayor astucia, y secretos por cuya razon, y sin ser visto de alguno, vino à parar en la eminencia de vn formidable despeñadero, llamado Valera. Arrojàse de cabeza à lo profundo: mas al tiempo mismo de executar el arrojó, convirtió muy de veras à su Santo Compatriota, invocò su auxilio. Dióse el Santo por obligado de la fe del miserable, y alcanzò de Dios, que al precipitarse, se le quedassen prendidos los pies en las espigas de vna debil, y pequeña zarça, que avia en la cima del derrumbadero. Así pendulo en el ayre, y colgado por los pies, sin poder valerse de las manos, estuvo por el espacio de media hora, invocando la Divina Misericordia, y llamando à su valedor Capistrano. En este mismo tiempo, movidos de extraordinario impulso, salieron dos hombres à buscar al paciente, recelosos de alguna fatallidad. Fueronse derechos al despeñadero, donde descubrieron el tragico suceso, que se temian. Creció su congoxa, y su desconuelo, quando vieron inevitable el peligro de despeñarse todos, si intentaban socorrer al paciente. Venciendo, empero, la misericordia al temor, y fiados en el auxilio del glorioso Capistrano, se arriesgaron à sacar del precipicio al miserable. Conquistaronlo felizmente, mas à esfuerzos de la fe, que à conatos de la industria, y de las fuerzas: y todos dieron gracias al Santo por la fidelidad, y constancia, de que hizo ostentacion en este caso à favor de los que de coraçon le invocan en sus necesidades. El hombre de alli adelante pasó la vida en serenidad, y acabó Christianamente.

Maria Juana, hija de Julio Salucio, vezino de la Roca de Calascio en el Abruzzo; siendo de edad de tres años, y trabeando en su casa con la ligereza, è inconsideracion de la niñez, cayò de cabeza en vna caldera de agua. Por presto que advirtieron sus Padres la desgracia, estaba ya suocada la niña: y no quedaba para el remedio mas recurso, que el del mismo lagro. Esperaban este de su devoto Payfano San Juan, y se le pidieron con ansias igualmente alentadas de su dolor, y de su fe. Cogieron el fruto de sus lagrimas, quando al acabar la oración, vieron que la niña bolvió repentinamente en sí con alegre, y apacible semblante, como si dispertasse de vn blando, y ligero sueño.

Casi lo mismo sucedió en la Villa de Capistrano con otro niño de tres años, que aviendo salido con su Madre al Campo, se desvió de ella inadvrtidamente, y cayò en vn arroyo, donde, sin poderle valer, perdió la vida. Era el arroyo cénagoso, y la abundancia de legamo en toda la circunferencia; hazia la entrada poco menos que imposible: con que se tardò mucho tiempo en sacar à lo firme el cuerpecito difunto. Quando ya à fuerza de industrias le sacaron; estaba tan hinchado, y denegrido, que parecia vn monstruo. Con la vista de este renovò el dolor de la Madre, y en desmedidos gritos pedia al Siervo de Dios Capistrano, que la diese vivo à su hijo. No tardò la piedad del Santo en còsolar à la affigida Muger; por que à vista de mucho concurso convocado de la desgracia, comenzó à moverse el niño, hasta levantarse por sí mismo del suelo, donde yazia; y desparecida la hinchazon, se fue por su pie à su casa en compañía de su Madre, y de los asistentes: que todos dieron gracias à Dios, y al Santo, por tan estupenda maravilla.

Cerrare este Capitulo con otros dos milagros en todo semejantes, fuera de aver sucedido el vno en la Villa de Capistrano, y el otro en vn Pueblo de su Comarca, Peligraban de parto dos mugeres; y despues de largos, yterribles dolores, cada vna abortó vn niño. Reçurrieron ambas al Patrocinio del Siervo de Dios, pidiendole muy de coraçon, diese vida à aquellos abortos, si quiera para que recibiesen el Baptismo; y à este fin vna, y otra rezaron el Pater noster, y Ave MARIA. El Santo anduvo tan bizarro en despachar las peticiones de las Madres, que no solo alcançò del Señor, diese vida à los niños hasta baptizarse, sino que la continuò por muchos años, y con perfecta salud. Las mugeres en señal de agradecimiento à tan gran beneficio, pusieron à los niños en la Sagrada Fuente, el nombre de Juan Capistrano; con el qual publicaron hasta morir el grande vallimiento, que para con la Magestad Divina tenia en los Ciclos su Patrono.

Si huviera de proseguir con individuacion este assunto de los milagros posthumos del Siervo de Dios, pudiera llenar vn Tomo bien crecido; pero levanto la pluma de la narrativa de ellos, por escusar la molestia; y porque me persuado, à que bastan los referidos, para formar alto concepto de la intercesion de S. Juan de Capistrano en la presencia de Dios à favor de sus Devotos.



CAPITULO XXVI:  
DEL CVLTO PVBLICO, Y CANONIZACION de San Juan de Capistrano: de vn admirable prodigio, que diò ocasion à ella.

Incompreensibles son los juycios de Dios N. S. y procediera mas que temeraria nuestra ignorancia, si se arrojasse con presumpcion à escudriñar las ocultas, y sabias permisiones de su altissima Providencia. Avia gozado la Santidad de S. Juan de Capistrano, viviendo en la tierra, aquellos honores, y veneraciones, que pudiera confragarle la piedad, quando le viera glorificado en los Cielos. Los servicios, con que tenia obsequiada à la Santa Iglesia, eran tan muchos, y graves, como notorios: la fama de sus heroicas Virtudes estaba ya tan fenada, y estendida por todo el Orbe Christiano, que sus ambitos aun la veian estrechos: los milagros, y prodigios, con que el Señor despues de su muerte confirmaba la bondad de su vida, eran tan plausibles, como frequentes: el Emperador Federico, el Rey de Polonia, el de Bohemia, el de Hungria; los Potentados de todos estos Reynos, los Obispos, las Iglesias, las Universidades, la Europa toda instaban à la Silla Apostolica, pidiendo à vna voz con apretadas vrgencias, le escriviese en el Catalogo de los Santos. Los Pontifices, que le trataron, y los que se fueron sucediendo despues, estaban no solo inclinados à conceder esta gracia, sino deseosos de que llegasse à la execucion. De todos estos principios quien no infiriera, y diera por sentado, que la Canonizacion del Siervo de Dios avia de correr con felicidad en la Curia Pontificia? Mas el Altissimo, cuya infinita Sabiduria desatiende los juycios, y consejos de los hombres para los gloriosos, y mas justificados fines de sus Decretos: dispuso las cosas de modo, que apenas se daba

daba passo en este negocio, en que no se hallasse vn tropiezo.

El fundamento, y raiz de todos ellos fuè aquella antigua, y perpetua queixa del Cardenal de Sant-Angelo, de que el Siervo de Dios no le huviese recomendado para con Calixto Tercero, en la Carta escrita despues de la Batalla de Belgrado, y que yo dexo traducida en el Capitulo Catorce de este Libro. Esta queixa, pues, sirvió à la emulacion de fecunda semilla de imposturas, y calumnias, con que se enangrentò en la fama de Capistrano, esforçando la voz, que avia desparramado contra el de *inobediencia, temerario, y ambicioso*, segun diximos arriba. La Curia Pontificia, que en la exaccion, y lentitud, con que examina estas materias, haze mas venerables sus determinaciones; no quiso passar con pie ligero à la Canonizacion del Siervo de Dios, sin que primero fuesse pura, y refinada su innocencia en el crisol de la verdad, y la justicia. Triunfaron estas al fin despues de varios examenes; y el Papa Leon Dèzimo concedió el año de mill quinientos y catorce, que en el Obispado, y territorio de Capistrano se le rezasse Oficio; y celebrasse Misa de Confessor; con solemnidad de Rito doble. Años despues estendió este Rezo el Papa Gregorio Quinto à toda la Religión de N. S. P. S. Fracisco, y à todas las personas de vno, y otro sexo de la V. Orden Tercera de Penitencia.

Yà con estos preludios de la Canonizacion del Siervo de Dios, respirò vn poco la piedad de sus Devotos, que siempre se mantuvieron sinos en solicitarle los honores del sumo culto: y azorados con tan santos principios, reforçaron sus esperanças, y dieron mayor calor à las pretensiones. Condescendiendo à ellas la Sagrada Congregacion, diò orden el año del Señor de mill seiscientos y setenta y dos, para que se

bolviesse à ver la causa; en cuya vista resolvieron los Cardenales con voto unanime, no hallar obice alguno contra la santidad, y fama de Capistrano; y que se podia proceder à la conclusion de los procesos, hàta la sentencia definitiva. Esta favorable resolucion puso espuelas à la actividad devora de los Agentes; y no perdieron coyuntura alguna, de adelantar el negocio hasta su conclusion; que fuè en el Pontificado de Innocencio Undezimo de santa, y gloriosa memoria.

Por estos tiempos, à las diligencias humanas cooperaba con medios extraordinarios; y prodigios manifestos la Providencia Divina; llevando fuerte, y suavemente las cosas à su fin, luego que llegó el tiempo oportuno. Celebraba Misa dia del Glorioso San Antonio de Padua el referido Pontifice Innocencio Undezimo, en ocasion, que avivaban sus instancias para la Canonizacion de Capistrano los Príncipes de la Europa: y como si San Antonio fuesse el Agente de la causa; movió interiormente el coraçon del Pontifice en el discurso de la Misa, con tan extraordinaria mocion, que apenas concluyó el Sacrificio, quando hizo publicar la última determinacion, de escrivir al Siervo de Dios en el Catalogo de los Santos. Esta noticia, recibida con indecible alborozo de toda la Italia, se hizo mas plausible por las circunstancias, que ocurrieron.

Fuèron estas las voces (tendidas ya por la Hungria; y estendidas hasta Italia) de que al Santo le avia Dios constituido Patron, y Defensor de aquel Reyno contra las invasiones de los Turcos; así como lo era Santiago de España contra las de los Moros. Estaba à la sazón sobre Viena el soberbio poder de los Barbaros con un pequeño conflicto de la Christiandad;



y haciendo reflexion el Summo Pontífice en la proteccion, con que el Santo asistió á estos Reynos en vidas; y la que reynando en el Cielo, publicaba la piedad: dió orden, para que en la Santa Ciudad de Roma en nuestro Convento de Ara-Coeli se erigiese el Simulacro de Capistrano sobre vn sumptuoso, y magnífico Altar, adornado con multitud de luzes, para que en presencia de la Santa Imagen se implorasse la Misericordia Divina á favor de la necesidad comun de la Iglesia. Para estimular mas á la piedad á la execucion de estas diligencias, concedió indulgencia plenaria á todos, los que las hiziesen. El feliz efecto de las Armas Catholicas probó, que no falló frustrada la fe piadosa del Devoto Pontífice, con que libró en San Juan de Capistrano el remedio de tan formidable peligro. Rádicose mas en esta fe, quando se entendió en ella, por voz comun de los Soldados Catholicos, la gloriosa noticia de averse visto en el ayre el Siervo de Dios, alentando, y animando á los Christianos contra los Turcos en la funcion.

Esta voz, apoyada solo en el dicho conteste de los Soldados, se hizo mas creible con el notorio prodigio, que ya refiero, y que se autenticó en toda forma, para exponerle al examen, y juicio de la Sagrada Curia. El año del Señor de mil seiscientos y ochenta y tres, estando el Exercito Christiano sobre la célebre Ciudad de Estrigonia, celebraban nuestros Religiosos la Fiesta de N. S. P. S. Francisco en vna sumptuosa, y capaz Hermita, situada en la Diocesi Frisigence, no lexos de Schleis. En vno de los Altares de ella estaba colocado vn Simulacro de talla de San Juan de Capistrano, plantado sobre su peanna, y asegurado, y fixo en ella con toda la firmeza, que pudo darle el Arte, para

quedar imposible al movimiento. Estaba esta Elcultura en tal disposicion, que el rostro tenia buelto al Occidente, y las espaldas al Oriente, donde se hallaba el Exercito Catholico peleando con el enemigo. Al empezar el conflicto, que fue á la hora de Visperas el dia quatro de Octubre del año referido de mil seiscientos y ochenta y tres, se bolvió por sí mismo, y sin visible impulso, el Simulacro, ó Imagen de Capistrano: de modo, que se quedó mirando al Oriente; ázia Estrigonia. Era grande el concurso de los Pueblos: y todos con la Comunidad plena de los Religiosos fueron testigos de esta maravilla. Creció mucho mas, con lo que sucedió despues: porque empeñados dos hombres de robustas fuerzas en bolver el Simulacro ázia el Occidente, como antes estaba; no lo pudieron conseguir, y cedieron de su empeño, hasta ver en que paraba vna novedad tan digna de observacion. La conclusion fue, que despues de dos horas, probaron segunda vez á bolverle á su antigua postura, y lo consiguieron con grande facilidad. Poco hubo que detenerse á discurrir el significado de este portentoso; porque muy en breve se supo aver los Christianos peleado valerosamente todo el tiempo, que el Simulacro del Santo estuvo convertido ázia ellos, en ademan de quien les alentaba, hasta conseguir la Victoria. Con este nuevo, y poderoso motivo se confirmaron todas aquellas Regiones en la fe piadosa de que Dios N. S. se le ha concedido por Patron, y Tutelar en todas sus necesidades; y especialmente en las invasiones tan frequentes, que padecen, de los enemigos de Christo, de quienes estos vltimos años se han conseguido victorias felicísimas, y plausibles.

Bien informado de todo Innocencio

cio Undecimo, huiera pasado sin duda (como lo protestó innumerables vezes) á celebrar solemnemente la Canonizacion del Siervo de Dios. Pero siendo esta funcion sumamente dilatada, y penosa, por la multitud de Sagradas Ceremonias, que concurren en ellas; dixo se hallaba sin fuerzas para executarla, á causa de sus muchos años, y notable quiebra de salud; y que queria dexar esta gloria á su Sucesor. Así fue; porque luego como Alejandro Octavo de feliz recordacion se sentó en la Silla de San Pedro por muerte de Innocencio, repitieron sus instancias con mayor fuerza que nunca el Auguistísimo Emperador de Alemania Leopoldo; nuestro Catholico Rey de las Españas Carlos Segundo; la Grande, y Serenísima Reyna su Madre Doña Mariana de Austria; el Rey de Polonia, y otros Principes de la Christianidad. Dió benignos oidos el Papa á las piadosas, y justificadas suplicas de estos Soberanos, y á las comunes ansias de todos sus Vasallos: y en el año del Señor de mil seiscientos y noventa, dia diez y seis de Octubre; escrivió en el Catalogo de los Santos al glorioso San Juan de Capistrano, con especial aplauso de Roma, y regozijo vniversal de toda la Iglesia. Para mayor celebridad concedió el Summo Pontífice indulgencia plenaria á todos los Fieles, que aviendo confesado, y comulgado, visitaren las Iglesias de la Religion Serafica en los ocho dias primeros de la Canonizacion. Tambien concedió Jubileo perpetuo á todos nuestros Conventos en la Fiesta del Santo, dia veinte y tres de Octubre, que fue el dia de su tránsito feliz á la Eternidad. Con esto se

colmaron las glorias de la Religion Serafica en este Hijo suyo, siendo vno de los grandes Heroes, que la han coronado de honores; pues supo desempeñar con admiracion del Orbe Christiano los Epitethos, que los Religiosos Observantes del Convento de Viena le cantan todos los dias, en su Antiphona, Verso, y Oracion. Pongolo aqui para que la devocion, si le pareciesse, invoque el patrocinio del Siervo de Dios en sus necesidades; y para que sirva de peroracion, y aun de Epilogo á esta Relacion de sus hazañas, portentos, y Virtudes.

*O lumen Italiae, Stella Bohemorum;  
Nova lux Germaniae, pavor Barbarorum;  
Clara fax Hungariae, decus Poloniae;  
Ioannes cuncta atrabens corda peccatorum;  
Signis, & miraculis ad Regna Coelorum;  
Audi preces supplicum ad te devotorum;  
Ora pro nobis Christi miles inclite;  
Et tua intercessione consequamur  
gaudia vitae.*

## O R E M U S.

**D**Eus, qui Beatum Ioannem de Capistrano Confessorem tuum innumeris decorasti miraculis; & per invocationem tui Sanctissimi Nominis de saevissima Turcarum gente triumphare fecisti; praesta quaesumus, ut meritis ipsius; & precibus ab omnibus semper protegamur adversis.  
Qui vivis; & regnas in saecula saeculorum. Amen.

\*\*\*

